



En días de Congreso

GRAZIELLA POGOLOTTI



El desarrollo del Congreso del Partido suscita recuerdos, reflexiones y expectativas. Ahora mismo, mientras transcurren las jornadas de análisis y debate, me asalta la evocación de los años fundacionales, allá por los 60 del pasado siglo.

En el cine Chaplin, en acto presidido por Armando Hart, con la entrega de carnés a los militantes de la Facultad de Humanidades, concluía el proceso de creación de la organización política en la Universidad de La Habana. Superadas las desviaciones sectarias, el método concebido por Fidel para llevar adelante la construcción del Partido ratificaba la singularidad de la Revolución, que se liberaba de ataduras dogmáticas y se asentaba en el conocimiento de las especificidades de una sociedad crecida en un devenir histórico de incesante lucha por la emancipación con reclamos de justicia siempre insatisfechos.

Partiendo de la elección de trabajadores ejemplares y de un riguroso examen crítico y autocrítico, el proceso se convertía en fragua de unidad. En efecto, entre los allí congregados esa noche se encontraban quienes habían combatido la dictadura de Batista desde distintos frentes junto a los que se entregaron sin reservas a la edificación del socialismo después de la victoria de enero.

Rescatar la memoria colectiva del ayer a través de la prístina transparencia de las vivencias personales es tarea necesaria. Afianza el reconocimiento de lo que somos y contrarresta los efectos corrosivos de tergiversaciones manipuladoras. Sin menoscabo de la importancia de asumir el pasado con perspectiva crítica, la hora actual, en extremo compleja, tiene otras demandas inminentes. Hay que entender, asimismo, dónde estamos. El imperio sigue ahí. Su fase neoliberal acrecienta el abismo que separa a los poderosos de los desamparados. Al tradicional ejercicio del poder económico se añade el monopolio de los medios de comunicación a escala internacional y el uso de sofisticadas técnicas publicitarias con el propósito de adueñarse de las conciencias en el plano individual con total desapego a la verdad y al respeto de las normas éticas elementales.

En el ámbito de la cultura, los fuegos artificiales y los efímeros íconos del entretenimiento sustituyen, con su tentador facilismo, la práctica sistemática del pensamiento creador.

En ese contexto, los cubanos

afrontamos el acrecentamiento simultáneo del bloqueo estrangulador, de la pandemia globalizada y de la subversión ideológica. No podemos subestimar tampoco la necesidad de superar errores y manquedades. El desafío es inmenso. La implementación de una respuesta eficaz no concierne tan solo a la más alta dirección del país. Requiere el empeño mancomunado de todos y cada uno desde el pequeño espacio que cada cual ocupa en la multifacética urdimbre social en la comunidad y en el centro de trabajo, en las esferas de la alta tecnología, la industria, la agricultura, los servicios, la enseñanza, la administración pública y del empresariado emergente. Por ese motivo, el Congreso convoca a todos a una reflexión responsable y a encaminar acciones consecuentes.

La solución de nuestros más acuciantes problemas no es obra de milagros, sino de la conjunción consciente de las manos y las mentes de un pueblo, de los militantes, de los revolucionarios, de los hombres y mujeres de buena voluntad en defensa de nuestras indiscutibles conquistas, de la independencia de la nación y del porvenir de nuestros hijos.

Es hora de mirarnos hacia adentro sin contemplaciones y con espíritu crítico.

La ineludible batalla económica se apuntala en el día a día del escurridizo terreno de las subjetividades, en el cambio de las mentalidades aferradas a rutinas del pensar, a la acomodaticia espera burocrática de orientaciones, sustitutiva de las que emanan de la capacidad de gestión. Exige el combate contra las manifestaciones de corrupción y la disposición al permanente aprendizaje, en contacto directo con la realidad cambiante y el descarte de todas las formas de enmascaramiento de la verdad.

En un mundo presidido por la sistemática y globalizada fractura de los principios éticos, tomamos partido en favor del mantenimiento de normas de conducta atenuadas al mejoramiento humano en todos los planos en lo concerniente a la obtención de un deseable grado de bienestar inseparable de una convivencia basada en la moral y el respeto mutuo. De José Martí aprendimos, entre otras muchas cosas, a reconocer «la utilidad de la virtud».

En días de Congreso, nos proyectamos hacia el futuro ratificando la necesidad de defender y perfeccionar las conquistas de la Revolución sin olvidar la más preciada: la que nos ha conducido a vivir con la cabeza en alto, nunca genuflexos, dueños de nuestro destino y nuestra plena dignidad. *(Tomado de Juventud Rebelde)*

La otra guerra necesaria

MIGUEL BARNET



En el estímulo para potenciar el máximo despliegue de las fuerzas productivas y de la conducción de los procesos que nos lleven a satisfacer las necesidades materiales de los cubanos, se le presentan al Partido desafíos inaplazables. En el orden de la cultura estos desafíos no son menores.

La Revolución fue un acto descolonizador sin precedentes en la historia del hemisferio occidental, pero aún no ha concluido. Basta con observar ciertas conductas serviles, concesiones éticas, actitudes inconsecuentes, cuando no carencias de perspectivas que se manifiestan indistintamente en diversos eslabones de nuestro tejido social. Estamos abocados a proseguir y completar la descolonización cultural. Esa es otra guerra necesaria, que debemos emprender desde nuestra trincheras civil.

Debe entenderse que la prosperidad a la que aspiramos, definida por los documentos rectores de nuestra organización política, solo puede concretarse a partir de una profunda y enraizada comprensión de la cultura. No me refiero solo a las producciones artísticas y literarias, sino a una noción antropológica de mucho mayor alcance, que tiene que ver con nuestros conceptos, valores, expectativas y acciones; es decir, nuestro modo de ser y de vivir. Para ello es imprescindible el fortalecimiento de una educación plena que conlleve una visión científica de la realidad, basada en las esencias de nuestra cultura. «Saber es tener. Un hombre instruido vive de su ciencia y como la lleva en sí, no se le pierde (...) que la enseñanza científica vaya, como la savia en los árboles, de la raíz al tope de la educación pública», sentenció el Apóstol.

Contamos con una tradición intelectual fecunda, que nos ha compelido a hacer realidad los ideales de libertad, independencia, soberanía, resistencia y justicia social. Si de modelos inspiradores se trata, contamos, en José Martí y Fidel Castro, con dos referentes paradigmáticos de intelectuales que conjugaron el pensamiento y la transformación revolucionaria en la época que les tocó vivir. A ellos tendremos que estudiarlos mucho más, sacar lecciones de sus extraordinarias contribuciones y hallar señales para las respuestas ante los retos que afrontamos, que son muchos. Ambos contribuyeron a la formación de una conciencia crítica de la nación cubana. Y ese

legado es piedra de toque de nuestro actuar cotidiano.

Son visibles, asimismo, cumbres en la tradición intelectual que debemos escalar en el proceso de construcción y consolidación permanente de nuestro modelo. Pienso, ahora mismo, en la manera en que Julio Antonio Mella asumí, como el peruano José Carlos Mariátegui, en tierras americanas, la lucha por el socialismo como creación heroica; en el antimperialismo combativo de Antonio Guiteras, en el altruismo, el internacionalismo y las lúcidas anticipaciones teóricas y revolucionarias de Ernesto Che Guevara. La hasta entonces inédita mirada antropológica de Fernando Ortiz, quien penetró como nadie en nuestro proceso de transculturación, es clave en este sentido, así como lo es la poesía de Nicolás Guillén en los caminos del color cubano; la visión continental de Alejo Carpentier, consciente de los tránsitos entre la cubanía y la universalidad, y la proyección ética de Cintio Vitier, como la de otros intelectuales y artistas de nuestro país.

A su vez, esa tradición, reflejada en la imbricación histórica entre vanguardia política y cultural, se completa y articula con la riqueza y capacidad de resistencia y renovación de la cultura popular. La sabiduría que emana de los estratos más humildes ha sido simiente de la defensa de nuestra identidad, y clave en la forja de la inteligencia colectiva, magma proteico de lo que somos y queremos ser. Solo en la verdadera conjunción de ambas corrientes puede hallarse la fortaleza necesaria para vivir la vida propia con decoro.

No podemos darnos el lujo de prescindir ni de una ni de otra, por el contrario, debemos cultivarlas, multiplicarlas en los procesos que nos conduzcan a dar el salto cualitativo para avanzar en el modelo cubano. Un modelo que busca afanosamente la voluntad de hacer frente a todos los peligros y acechanzas. Siento que los militantes del Partido, desde las organizaciones de base hasta las más altas responsabilidades, estamos en la obligación y el compromiso de interiorizar esa demanda, en asumir ese patrimonio. La continuidad no es una mera sucesión generacional y temporal, entraña una interrelación dialécticamente concebida entre el legado que heredamos y las complejas realidades que sobrevendrán. No queda otra alternativa que seguir empujando este país hacia un destino pleno de soberanía cultural y dignidad política. Cuba viva.

